

¿Piensan los jóvenes?



La impresión prácticamente unánime de quienes convivimos a diario con jóvenes es que, en su mayor parte, han renunciado a pensar por su cuenta y riesgo. Por ese motivo aspiro a que mis colegas. En este sentido, adopté hace algunos años como lema de mis cursos una palabra de Ludwig Wittgenstein en el prólogo de sus Philosophical Investigations en las que afirmaba que "no quería con mi libro aborrecerlos a otros el pensar, sino, si fuera posible, estimularlos a tener pensamientos propios".

clases sean una invitación a pensar, aunque no siempre lo

Con toda seguridad este es el permanente ideal de todos los que nos dedicamos a la enseñanza, al menos en los niveles superiores. Sin embargo, la experiencia habitual nos muestra que la mayor parte de los jóvenes no desea tener pensamientos propios, porque están persuadidos de que eso genera problemas. "¿Quién piensa se raya" dicen en su jerga-, o al menos corre el peligro de rayarse y, por consiguiente, de distanciarse de los demás. Muchos recuerdan incluso que en las ocasiones en que se propusieron pensar experimentaron el sufrimiento o la soledad y están ahora escarmentados. No merece la pena pensar—vienen a decir—si requiere tanto esfuerzo, causa angustia y, a fin de cuentas, separa de los demás. Más vale vivir al día, divertirse lo que uno pueda y ya está.

En consonancia con esta actitud, el estilo de vida juvenil es notablemente superficial y efímero; es enemigo de todo compromiso. Los jóvenes no quieren pensar porque el pensamiento—por ejemplo, sobre las graves injusticias que atraviesan nuestra cultura—exige siempre una respuesta personal, un compromiso que sólo en contadas ocasiones están dispuestos a asumir. No queda ya ni rastro de aquellos ingenios ideales de la revolución sesentayochista de sus padres y de los mayores de cincuenta a os. "Ni quiero una chaqueta para toda la vida—escribió una valerosa estudiante de Comunicación en su blog—ni quiero un mueble para toda la vida, ni nada para toda la vida. Ahora mismo decir toda la vida me parece decir demasiado. Si esto sólo me pasa a mí, el problema es mío. Pero si este es un sentimiento generalizado tenemos un nuevo problema en la sociedad que se refleja en cada una de nuestras acciones. No queremos compromisos con absolutamente nada. Consumimos relaciones de calidad en cadena, decimos "te quiero" demandado al instante la primera discusión y enseguida la relación ha terminado. Nos da miedo comprometernos, nos da miedo la responsabilidad de tener que cuidar a alguien de por vida, por no hablar de querer para toda la vida".



El temor al compromiso de toda una generación que se refugia en la superficialidad, me parece algo tremendamente peligroso. No puede menos que venir a la memoria el lúcido análisis de Hannah Arendt sobre el mal. En una carta de marzo de 1952 a su maestro Karl Jaspers escribió que "el mal radical tiene que ser de alguna manera con el hacer que los seres humanos sean superficios en cuanto seres humanos". Esto sucede—explicaba Arendt—cuando queda eliminada toda espontaneidad, cuando los individuos concretos y su capacidad creativa de pensar resultan superficios. Superficialidad y superficialidad—«a do yo»—vienen a ser en última instancia lo mismo: quienes desean vivir sólo superficialmente acaban llevando una vida del todo superficial, una vida que está de más y que, por eso mismo, resulta a la larga nociva, insatisfactoria e inhumana.

De hecho, puede decirse sin cargar para nada las tintas que la mayoría de los universitarios de hoy en día se consideran realmente superficios tanto en el ámbito intelectual como en un nivel más personal. No piensan que su papel trascienda mucho más allá de lograr unos grados académicos para preparar quizás el estatus social de sus progenitores. No les interesa la política, ni leen los periódicos salvo las crónicas deportivas, los anuncios de



espectáculos y algunos costillos. Pensar es peligroso, dicen, y se conforman con divertirse. Comprometerse es arriesgado y se conforman en lo afectivo con las relaciones líquidas de las que con tanto éxito ha escrito Zygmunt Bauman.

Resulta muy peligroso –para cada uno y para la sociedad en general– que la gente joven en su conjunto haya renunciado puerilmente a pensar. El que toda una generación no tenga apenas interés alguno en las cuestiones centrales del bien común, de la justicia, de la paz social, es muy alarmante. No pensar es realmente peligroso, porque al final son las modas y las corrientes de opinión difundidas por los medios de comunicación las que acaban moldeando el estilo de vida de toda una generación hasta sus menores detalles. Sabemos bien que si la libertad no se ejerce día a día, el camino del pensamiento acaba siendo invadido por la ociosidad, la situación de los poderes y las tendencias dominantes en boga.

Pero, ¿qué puede hacerse? Los profesores sabemos bien que no puede obligarse a nadie a pensar, que nada ni nadie puede sustituir esa íntima actividad del espíritu humano que tiene tanto de aventura personal. Lo que sí podemos hacer siempre es empearnos en dar ejemplo, en estimular a nuestros alumnos –como aspiraba Wittgenstein– a tener pensamientos propios. Podemos hacerlo a menudo a través de nuestra escucha paciente y, en algunos casos, invitándoles a escribir. No se trata de malgastar nuestra enseanza lamentándose de la situación de la juventud actual, sino que más bien hay que hacerse joven para llegar a comprenderles y poder establecer así un puente afectivo que les estimale a pensar.

Jaime Nubiola Profesor de Filosofía Universidad de Navarra
20 de noviembre de 2007
La Gaceta de los Negocios (Madrid)

Jaime Nubiola Prof de Filosofía Univ. de Navarra en La Gaceta de los Negocios

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/piensan-los-jovenes